

DIRECTOR  
JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Ventura Rodríguez, 4, 1º  
33004 Oviedo

Teléfono: 985 239 155  
Fax: 985 27 74 85

E-mail: clarin@edicionesnobel.com  
maria@edicionesnobel.com

COORDINACIÓN  
María López Carrión

Filmación e impresión  
Gráficas Summa, S.A.

Depósito Legal  
As. 10-1996

ISSN: 1136-1182



Clarín es miembro de la Asociación  
de Revistas Culturales de España.



Esta revista ha recibido una ayuda de  
la Dirección General del Libro, Archivos  
y Bibliotecas del Ministerio de Cultura  
para su difusión en bibliotecas, centros  
culturales y universidades de España,  
para la totalidad de los números del año.

**PREMIO NACIONAL**  
al fomento de la lectura



Desde el Gran Canal  
M. Manin

# Clarín

REVISTA DE NUEVA LITERATURA

Año XVI • Nº 94 • Julio-Agosto de 2011 • 6 €

## Sumario

### INVENTARIO

- 3 Marina Gasparini Lagrange**  
La mirada introspectiva. Imagen y sentimiento
- 10 Martín Caicoya**  
Dos notas musicales
- 13 Rosa Navarro Durán**  
Altisidora no hizo mención de los camellos
- 16 Marisa Sotelo Vázquez**  
Un fecundo diálogo sobre la cultura española.  
De los *Paliques* de Clarín a los *Paliques* de Eugenio d'Ors
- 24 Julio Baquero Cruz**  
Aprendiendo a jugar con Bashō

### FICCIONES

- 27 Marcos Abal**  
Galería de espejismos
- 31 Daniel Sánchez Pardos**  
Malos tiempos en el país de los albaricoques

### CONVERSACIONES

- 36 Gabriel Insausti**  
Desayuno con Trujillo

### METAMORFOSIS

- 42 Odysseas Elytis**  
Dos poemas  
Traducción y notas de Mario Domínguez Parra
- 46 Philip Levine**  
Poemas  
Nota y traducción de Andrés Catalán

### COLECCIÓN DE VIDAS

- 50 Rafael Toriz**  
El escritor en pantuflas: la patria sin pantalones
- 53 Mario Martín Gijón**  
Francisco Vera, matemático y novelista

# Altisidora no hizo mención de los camellos

[Rosa Navarro Durán]

Altisidora es una joven atrevida, graciosa y desenvuelta; y por si ahora no caen en quién es, diré que es la ingeniosa doncella de la duquesa, personajes las dos de la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (Cervantes lo llamó en ese título «caballero» porque se le había adelantado el usurpador, Fernández de Avellaneda, con el falso *Segundo tomo del ingenioso hidalgo*).

Como ella dice en el romance con que se presenta y declara su amor a un asombrado don Quijote: «de esta casa soy doncella, / y Altisidora me llaman». La burla de tan atrevida doncella y su desenvoltura llegarán a admirar a su propia señora, la duquesa. Aparentemente es un acoso sexual en toda regla, que llega a agobiar al pobre caballero, tanto que va a pronunciar su famosísima alabanza a la libertad: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos...». Al citarla suele olvidarse el contexto en el que la pronuncia, y no hay más que leer el párrafo anterior para darse cuenta de que lo hace «cuando don Quijote se vio en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora», es decir, libre del acoso de la atrevida y burlona doncella.

Su modelo literario es, como el maestro Martín de Riquer indicó, la deliciosa Placerdemivida de *Tirante el Blanco*, cuyas «agudezas» recuerda el cura amigo de don Quijote al ver el libro en la biblioteca del hidalgo durante el famoso escrutinio. Bien es cierto que la mejor amiga y doncella de la princesa Carmesina le da cien vueltas a Altisidora, y lo hace porque el tiempo literario que vive es muchísimo más amplio; a la doncella de la duquesa no llegamos a conocerla a fondo.

La ingeniosa muchacha tiene otro modelo en una obra que también leyó Cervantes (porque dejó manifestadas huellas en las suyas), en el *Libro del caballero Zifar*: es la dueña Gallarda, una «dueña viuda muy hermosa», que era atrevida «en su hablar». Con sus preguntas querrá poner a prueba a Roboán —uno de los dos hijos de Zifar—, del que se ha enamorado su señora, la heredera del reino de Pandulfa; pero Gallarda será la vencida por el ingenioso y discreto caballero, y ella lo admitirá: «con aquella encubierta que yo cuidé engañar, me engañas-

te», y a partir de entonces será la dueña «mejor guardada en su palabra».

Altisidora, en cambio, no tiene interlocutor a su altura, porque don Quijote no sabe darle la réplica adecuada al creer a pies juntillas lo que ella finge. Reaparece en el camino del caballero y escudero, allá por el capítulo LXIX, aunque lo haga en su túmulo, muerta «por la crueldad de don Quijote», para resucitar al poco gracias a las mamonas y pellizcos que va a padecer el furioso, pero persuadido, Sancho. Ya vuelta a la vida, en el capítulo siguiente, Altisidora se sienta en una silla junto a la cabecera de la cama del caballero, y empieza con él y con su escudero una conversación inolvidable.

Como la bella joven sigue quejándose del desdén del caballero, este quiere dejar claro para siempre que él solo puede ser de su Dulcinea; pero es mucho mejor darle a él la palabra:

—Muchas veces os he dicho, señora, que a mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados: yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados —si los hubiera— me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar a lo imposible.

Será entonces cuando Altisidora, fingiendo enfadarse y estar muy alterada, le replica usando una palabra —los «camellos» del título de este breve ensayo— que ha desconcertado siempre a los estudiosos:

—¡Vive el señor don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto a vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

Todos los insultos que le dirige la joven —que finge estar airada— al caballero andante han sido anotados por los editores con precisión; así esa comparación de la terquedad que desemboca en «tener la suya sobre el hito» —o en empeñarse en que prevalezca su opinión sobre todas— se aclara con otra cita de la misma obra, esta vez en boca de Sancho: «y si porfiara, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere», 2ª, X. Se suele precisar además que el hito es un juego que consiste en lanzar tejos sobre un clavo.

Pero en muchas ediciones no se anota la palabra «camellos», y cuando se hace, no puede convencer a nadie: «por su figura, pero también porque nada les satisface». Se cita a Covarrubias: «puédese aplicar a los que han tenido abstinencia y después no se ven hartos ni satisfechos por ventura de lo que en todo tiempo les es vedado», aunque se omite que el mismo autor dice que el camello «también es símbolo del celoso» (Pedro Mejía, en cambio, en su *Silva de varia lección* lo menciona como ejemplo de humildad). Y ambas citas podrían excusarse porque ni una ni otra característica conviene a don Quijote en ese pasaje, ni en cualquier otro, por cierto.

Además el lector puede preguntarse: si Altisidora aplica el sustantivo «camello» a don Quijote, ¿por qué lo hace en plural? Quizá podría pensarse en que ella generaliza y lo incluye en la categoría de otros muchos, o tal vez... llegar a la conclusión de que la palabra no encaja.

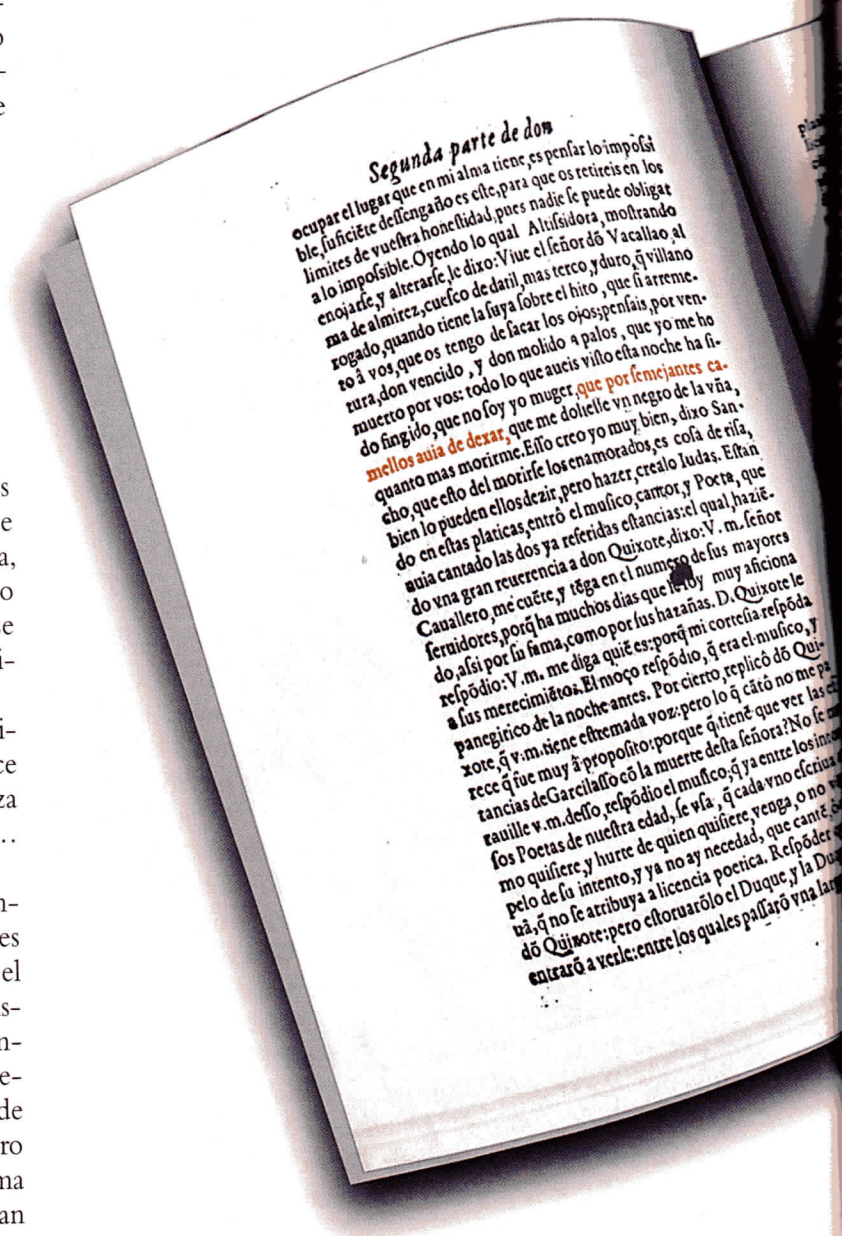
No nos puede ayudar a entender ese uso la presencia de más camellos en el texto del *Quijote* porque tales animales no aparecen en otro lugar. Cervantes sí pone el término en singular en boca de un estudiante capigorrista, Tácito —en su comedia *El laberinto de amor*—, cuando está intentando engañar con bernardinias a un caballero, que resulta ser el duque Anastasio y que no entiende su lenguaje sin sentido, como es lógico. «¿Pues qué quiero decir, gozmio, camello?» le pregunta, y enseguida le llama también «tontón», cercano a ello, aunque aquí se acaban los insultos porque Cornelio, el criado del duque, amenaza a Tácito con asentarle el guante.

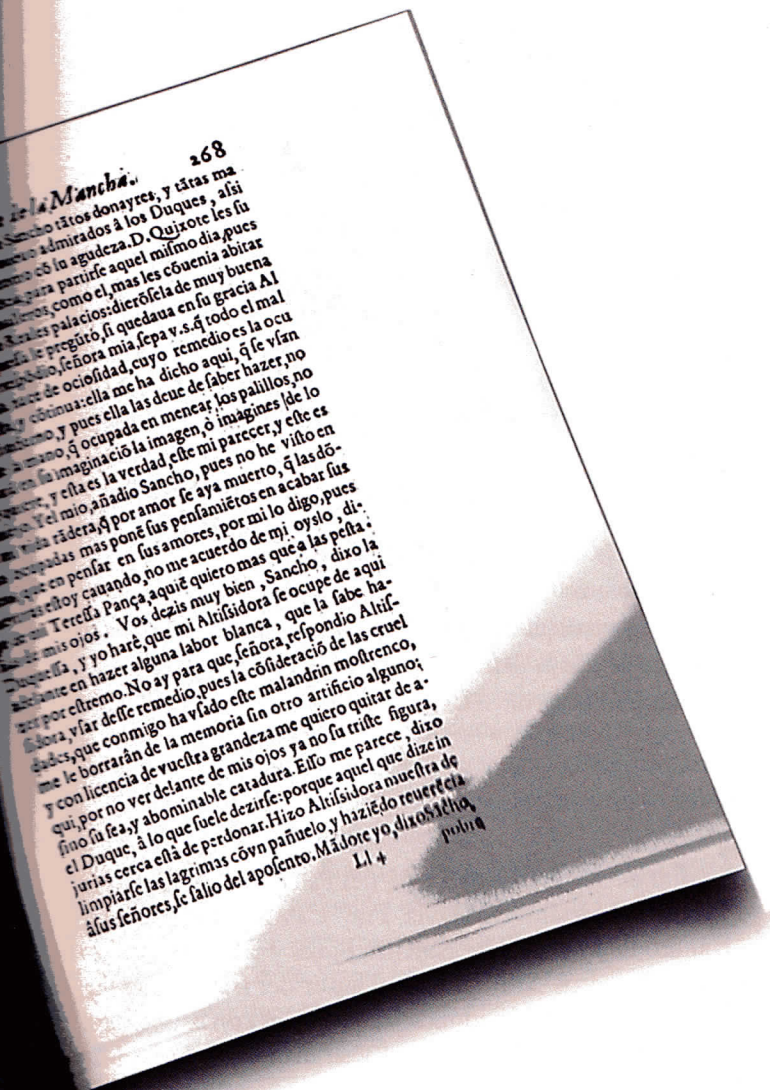
Si el camino léxico no nos lleva a parte alguna, tal vez acudir a la primera impresión pueda darnos luz sobre ese término que chirría. El pasaje está en el folio 267 vto., y en él puede verse cómo la palabra «camello» está dividida entre dos líneas: «que por semejantes ca-/ mellos auia de dexar...». Tal hecho nos permite formular una hipótesis: ¿y si el cajista se equivocó?, ¿y si se comió una sílaba al componer la primera línea y luego arregló la palabra?

No hay más que ir a otro pasaje de la *Segunda parte*, al capítulo xxv, donde se cuenta la historia del rebuzno, para

encontrar la palabra que podría estar detrás de esos impertinentes «camellos»:

Con esto, desconsolados y roncacos se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es ami-





go de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando *caramillos* en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros goidores.

¿Qué significado tienen esos «caramillos» que levanta el diablo? La definición del *Diccionario de autoridades* dice: «Metafóricamente vale embuste y enredo, que ocasiona desazón entre algunas personas, movido de los chismes de algún revoltoso o mal intencionado que los enzarza con cuentos y chimeras»; es decir, «caramillos» son embustes, enredos. Si leemos de nuevo lo que dice Altisidora sustituyendo los «camellos» por «caramillos», vemos que esta

palabra sí da sentido a la oración: ¡cómo iba a morir ella por semejantes embustes! El adjetivo «semejantes» acompaña en el *Quijote* a «razones», «niñerías», «retóricas», «pláticas» cuando no lo hace a un sustantivo con denotación precisa, palabras todas ellas del ámbito genérico de «caramillos».

Si el cajista hubiera olvidado la sílaba «ra» (tan semejante a «ca»), al componer la línea siguiente, cambiaría «millos», que vio que no cuadraba con «ca», por «mellos», que sí lo hacía, y sin darse cuenta introdujo una palabra absurda en el pasaje; «caramillo» era un término mucho más insólito y, por tanto, una lectura difícil.

Altisidora, en efecto, no se había muerto por tales caramillos como el diablo o el amor —léase como una sola cosa— arma o levanta. Todo era fingimiento de esta magistral tracista, inventora de burlas, actriz consumada, aunque don Quijote y Sancho siguieron convencidos de que sí, de que ella había bebido los vientos por el caballero andante, esa alma de esparto y corazón de encina, en palabras del propio escudero.

La burlona doncella no interpretó el papel de muerta por don Quijote, sino de muerta por el amor que este había encendido en su alma, y así lo considera Sancho cuando su señor aconseja a la duquesa que ponga a hacer bordados con bolillos a la ociosa doncella, porque el escudero dice que «no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto».

La palabra «caramillo» está en obras que leyó muy bien Cervantes, porque aparece nada menos que en *La Celestina*, en cuyo acto IX dice Areúsa del comportamiento de las señoras con sus criadas: «Y cuando ven cerca el tiempo de la obligación de casallas, levántales un caramillo que se echan con el mozo o con el hijo». También usa la palabra Amintas en *La comedia Tebaida*: «te encomienzan a levantar gran caramillo de la línea de su linaje».

Pero donde el uso coincide plenamente con el de Altisidora es en la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* —que leyó Cervantes—, donde un furioso Lisandro, al hablar con su criado Oligides, usa en plural la palabra: «Pierdes trabajo, no me quiebres la cabeza con tus porradas. ¡Hi de puta, el necio!, ¡qué caramillos arma por salirse afuera del juego!», acto I, escena 1ª.

Es bien sabido que el zapato de Cenicienta no fue nunca de cristal, de «verre», sino de «vair», hecho de piel de ardilla gris, y, sin embargo, es ya imposible destruir esa imagen inverosímil, pero enormemente sugestiva, del calzado de esa heroína de nuestra infancia y de nuestros sueños. Me imagino, por tanto, que también esos «camellos» que el cajista puso donde no debía se quedarán ahí para siempre, ¡todo lo demás son solo caramillos! ■ ■